

Un cafe para olvidar

Niam Jay



Capítulo 1

Para ti, para mí y para quien quiera.

I

Mi cafetería favorita no brindaba acceso a internet, no tenía aire acondicionado y, de hecho, usar el celular allí era considerado una grosería. No era tan sofisticada como tu favorita, pero al menos la gente iba por el café, no por la tonta necesidad de tomarle fotos a sus bebidas para subirlas a las redes sociales.

No habías llegado, Caleb, y tristemente eso no me extrañó.

Así eras tú, siempre había algo más importante.

Ocupé la mesa de siempre y te esperé.

Y por largo rato tu silla permaneció vacía, igual que mi corazón.

II

El cielo a través de la ventana era gris y afligido, lloraba augurando una tormenta.

Me pregunté si le echarías la culpa de tu demora.

Seguramente sí, Caleb. Para ti todos eran culpables, excepto tú.

Apreté un par de servilletas en un puño, asfixiándolas aunque eran inocentes, y respiré tan profundo que me dolió. Me dolió, pero me dio valor para permanecer serena.

¿Y cuán tranquila crees tú que debería haber estado en ese momento? Mi corazón estaba roto, y las ganas de llorar me asaltaban un poquito más por cada lágrima del lamento de las nubes que besaba la tierra.

III

Te vi entrando a la cafetería y sentí que el dolor en mi pecho me sofocaba. Era el karma de las servilletas, quizá. Vestías de traje, lo que era usual por tu aburrido y estúpido trabajo de oficina, y estabas sonriendo a cuanta persona te topabas en el camino.

Idiota.

Te dije mil veces idiota, Caleb.

IV

Mi mentón tembló cuando liberé una exhalación cargada de frustración.

¿Alguna vez sentiste como si el aire pesara? Porque a mí me pesaba toneladas esa fría tarde de diciembre.

V

Tus ojos cafés, del mismo tono del brebaje que se encontraba en mi taza, se encontraron con los míos desde la distancia.

No lo soporté, Caleb. No era tan fuerte.

Aparté la mirada, robándole fuerzas a la nada, y esperé, como un criminal que aguarda su sentencia, tu llegada.

VI

"Lyla".

Pronunciaste mi nombre con tu voz grave y enmascarada de un ilusorio cariño. Ya no se sentía real, Caleb, ya no. Pero ¿lo había sido alguna vez? Quise enfrentarte, quise decir tu nombre con la seguridad con la que tú

pronunciaste el mío, más sin embargo callé y observé fijamente mis manos temblorosas que reposaban sobre la mesa.
Tu sola presencia me había despojado de la valentía.
¿Cuántas cosas más perdería frente a ti?

VII

Quería llorar como un niño al que le arrebataron su dulce favorito. El problema era que a mí nadie me había arrebatado nada, Caleb.
Yo no había sido así de inocente.
Todo lo había cedido y todo lo había perdido.
Te permití engañarme porque quise creerte.
Yo, Caleb, era tan culpable como tú.

VIII

Me estaba rompiendo frente a tus narices y no te dabas cuenta. Deseé que me miraras, que verdaderamente lo hicieras, y que la realidad fuera solo una pesadilla.
Pero la pesadilla era una realidad.
Besaste mi mejilla y me helé.
Tus labios fueron la muerte.
Mi corazón, un suspiro maltrecho.
Y esa taza de café... el inicio del olvido.

IX

Reuní el coraje para verte de frente, tratando de hacer ceder la tensión en mi mandíbula, y vi que me sonreías. La hilera superior de tus dientes, blancos y parejos, estaban orgullosos a la vista; tu ojos me observaban detrás de escasas pestañas oscuras, del mismo tono que tu cabello que en ese momento se encontraba peinado hacia atrás. Tan estirado y engominado.
Me sonreíste con tanta osadía y descaro que te odié. Te odié, Caleb, y estoy segura de que no pude ocultar el sentimiento.
A medida que tu sonrisa se desdibujaba, confirmé que yo no era tan buena actriz como tú.

X

Se entornaron tus ojos, intuitivos, y tu mano sujetó la mía. El contacto me quemaba, y no de una manera agradable. Era casi imposible no alejar mi mano con violencia, pero fui capaz de retirarla con prudencia.
Te odié más por tener que contenerme.

XI

—Ordené tu pastel de nuez favorito para compartir —me dijiste con esa ternura fingida que siempre me resultó tan malditamente verosímil. Te respondí con un gesto casi imperceptible y las comisuras de mis labios pretendiendo dar vida a una sonrisa, frunciste el ceño y usaste dos dedos para levantar mi barbilla—. ¿Te pasa algo? —me cuestionaste, sonando preocupado.
No te creí, Caleb.
De sobra sabía lo poco que te importaba.

XII

—Estoy bien —te mentí.
Mi orgullo herido no me permitía gritar arrebatadamente la verdad.

XIII

— Te noto extraña, cariño.

Volviste a sujetar mi mano.

Observé tus dedos alrededor de los míos, ¿cuántas veces me habías sujetado de esa manera diciendo que me querías? ¿Y cuántas veces había sido una mentira?

No quería que me tocaras, pero eras tan egoísta que ni siquiera eso me concedías.

XIV

Me solté de ti con facilidad, y deseé liberarme de mis sentimientos de la misma manera.

—Estoy bien —te repetí y tú, que nunca llegaste a conocerme realmente, me creíste.

Acariciaste mi mejilla.

Tu caricia fue el fuego que tocó a mis sentimientos dinamita. Y estalló, Caleb, la ira que nunca había sentido... estalló en mi pecho.

XV

El desprecio era una llama inextinguible, justo como creí alguna vez que era nuestro amor.

Já, amor. Ahora me río de haberle dado ese título a algo tan mundano como lo que había entre nosotros.

Nuestra mentira, eso es lo que era.

Una hermosa y trágica mentira.

XVI

Le di un sorbo a mi café, el último antes de olvidarte, bajo tu atenta mirada. Si me hubieses mirado un segundo más de esa manera, como si yo fuera tu mundo, habría flaqueado.

Habría decidido fingirme ciega y vivir de tus embustes.

Pero nadie se quería tan poco a sí misma como para caer tan bajo. Ni siquiera yo, Caleb, que acepté con un nudo en la garganta y lágrimas en los ojos las cuatro veces que aplazaste nuestra boda.

XVII

La primera vez dijiste que aún no estábamos preparados.

La segunda, tu mamá había enfermado.

La tercera, fue el nacimiento de tu sobrina.

Y la última, tres meses atrás, dijiste que te ascendieron y necesitabas concentrarte en tus nuevas responsabilidades.

Dijiste que era por nuestro futuro.

Prometiste que el siguiente sería nuestro año...

Se me olvidó que a veces las promesas sólo son palabras.

XVIII

Alguna vez soñé una boda en invierno.

Un vestido de cauda y un camino hacia el altar.

Me soñé caminando entre violetas de los Alpes...

Y te soñé esperando al final.

Te soñé, nos soñé, y en un sueño marchito se quedó.

XIX

El celular te sonó y dejé de parecer importante nuevamente.

Tu mundo se redujo a algo donde yo no tenía cabida.
Y la verdad es que nunca la tuve, Caleb.
Lo nuestro no era amor.
El amor no lastima ni engaña.
Entre tú y yo no había nada más que una delirante aberración. Un absurdo capricho mío, una viciada y perniciosa mentira tuya.

XX

Terminaste la llamada y yo estaba lista para hablar, estaba lista para decirte que terminábamos también.
Pero sonó otra vez.
Y tu rostro se iluminó de la forma en la que habría deseado que se iluminara cuando yo te llamaba.
Me dolió, Caleb.
Y me di cuenta de que me seguiría doliendo aún después de ese café... Me dolería hasta que el olvido fuera algo más que una valiente decisión.

XXI

Levanté mi taza de café, invitándote a hacer lo mismo, y recuperaste tu sonrisa mientras las porcelanas tintineaban.
Salud, Caleb.
Brindamos en el velorio de mi amor por ti.

XXII

Nunca le agradaste a mi hermano. Él siempre sospechó de ti y yo me enojé con él por su desconfianza.
Te amaba.
Pobre tonta, estaba tan ciega.
Todos veían la realidad menos yo.
Tonta, tonta Lyla.

XXIII

Te observé fijamente, sin pretender que escuchaba tu palabrería. Respiré profundamente y dejé que la frase volara fuera de mi pecho a través de mi boca.
—Quiero romper.
Fue liberador. Fue un gran primer paso.
Y fue tu sonrisa perfecta desvaneciéndose.

XXIV

—¿Romper?
No lo podías creer.
Te miré a los ojos y asentí, tan en calma que me sorprendió.
—Romper.
—¿Exactamente "romper" qué, cariño? —dudaste, como si tuvieras esperanzas de que no fuera lo que era.
Y te lo agradecí.
Te agradecí la oportunidad de ser yo quien dijera las palabras, de ser yo quien cortara el ciclo.

XXV

—Romper —saboreé la palabra, y por primera vez desde que la pensé, me gustó como sonaba—. Tú. Yo. Nosotros. Nuestro compromiso... Todo.
Romper. Estamos rompiendo, Caleb.

XXVI

—¿Por qué? —me preguntaste, frunciendo el entrecejo.
Estabas tan desconcertado.

—No voy a casarme contigo —te dije—. No el año que viene, no ahora y no nunca.

—¿Por qué? —insististe—. Lyla, cariño, ¿por qué me haces esto?
Me sujetaste el rostro con ambas manos y nos miramos a los ojos. La desesperación nublaba tu mirada. Pero no era por perderme a mí, era por lo que perdías al romperse nuestro compromiso.

XXVII

No, no me harías sentir culpable.

Yo no era la villana.

Y tú no eras el lamentable chico que estaba siendo dejado.

Podías tenerlo todo, Caleb, excepto a mí.

Yo, Lyla Clarke, nunca más sería tu perfecta fachada.

XXVIII

Frunciste el ceño y pusiste la espalda recta contra la silla, mordiste el interior de tus mejillas y finalmente volviste a mirarme.

Eras todo seriedad.

—¿Por qué nos haces esto?

Trataste de culparme, idiota, lo hiciste.

—¿Qué estoy haciendo además de rescatar mi dignidad, Caleb?

Negaste con la cabeza, chasqueando la lengua, y me miraste con reprimenda, como si estuviera completamente desquiciada.

—Tenemos planes, Lyla, tenemos un futuro...

—*Teníamos* —te corregí, manteniendo mi cordura a raya—. Y no eran más que mentiras.

XXIX

—Si hay algo de lo que soy más culpable que nadie —te dije, dándole un sorbo a mi café, deseando llegar pronto al final del mismo y de este tortuoso encuentro—, es de haberte creído siempre.

—Lyla, maldición. ¿Por qué tan repentinamente estás actuando así? Hasta hace unos días estábamos tan bien, cariño, no entiendo lo que te ocurre. Sonreí, no con alegría ni tristeza, sólo fue una reacción remota a la ironía de tus palabras.

—Hasta hace unos días no te conocía —murmuré, sorbiendo la nariz.

Parecías confundido y desesperado.

Y te entendía, Caleb, porque tú me habías hecho sentir así muchas veces.

XXX

Respiré profundo, tamborileando sobre la mesa con los dedos para canalizar mi impaciencia, e hice una mueca antes de mi siguiente confesión.

—Es que hasta hace unos días, Caleb, todavía pensaba que era verdad que ustedes eran solamente amigos...

En voz alta, me sentía idiota un poco más.

En voz alta, la verdad dolía mucho más.

Y en voz alta, te odiaba un poco más.

XXXI

—No sé a qué te refieres, Lyla.

Te tensaste, parpadeaste y evadiste mi mirada.

Te expusiste sin querer, enseñándome tus nervios, desnudando por unos segundos tu temor.

Claro que sabías de lo que te estaba hablando, sabías que tu mentira se había terminado. Sabías que tu juego perfecto ahora estaba arruinado.

Un sorbito más a mi café, cada vez más cerca del final.

—¿Cuándo ibas a decírmelo, Caleb?

XXXII

Estuviste a punto de negarlo, estuviste a nada de seguir mintiéndome en mis propias narices.

—*Por favor* —te pedí—. Sólo esta vez, por favor, se honesto conmigo.

Y lo fuiste.

XXXIII

—¿Por qué yo, Caleb?

Bajaste la mirada y, por un momento, me pareció que te avergonzabas.

—Eres Lyla Clarke —me recordaste—. ¿Por qué habría elegido a alguien más? Eras perfecta...

Mi mandíbula se tensó y mis manos se volvieron puños bajo la mesa, las uñas cortando la piel de mis palmas.

Quise golpearte.

Quise llorar.

Quise golpearte y llorar al mismo tiempo.

XXXIV

—¿Cómo lo supiste? —me preguntaste, resignado y sin el más leve atisbo de culpa.

—Marcus me lo dijo —respondí, apretando los dientes al hablar para contenerme.

No, no iba a volverme loca frente a todos por alguien como tú.

No lo valías.

Mi respuesta te había sorprendido, frunciste el ceño y el rostro se te enrojeció. Estabas enojado, Caleb, y yo tuve el placer de darme cuenta de que ese era un golpe que no estabas esperando recibir.

XXXV

—Mientes —me acusaste—. Él no lo hizo... Marcus no me traicionaría de esa manera.

Te observé, tan seguro de ti mismo y de tu confianza, y me reí. Me recordaste a mí misma, Caleb. Ingenuos idiotas.

Respiré profundamente el aroma a café que abundaba en nuestro alrededor y desvié la mirada de tu rostro encolerizado para observar mi casi vacía taza de café. La tomé, lentamente, y me di el tiempo de detallar el grabado de la porcelana entre mis manos mientras tu irascibilidad iba en aumento.

¿Tan poca paciencia me concedías?

Llevé a mis labios lo último de ese café, y entonces me puse de pie.

—Fotos, mensajes, promesas de amor... lo vi todo —murmuré, apreciando por unos segundos la lluvia a través de la ventana antes de mirarte a los ojos y descubrir la demencia en ellos—. Al parecer, Caleb, tu buen puesto

en la empresa de mi padre ya no vale la pena como para compartirme conmigo. Marcus te quiere sólo para él —te sonreí de medio lado, sin malicia, mientras dejaba unos billetes sobre la mesa para pagar mi café—. Es difícil creer que la persona que amas te puede traicionar, ¿verdad?

XXXVI

Di media vuelta, sintiéndome bien a pesar de las heridas que llevaba auestas, y te dejé atrás Caleb. Me llevé mis sentimientos, aunque dolieran, y te dejé allí, en esa vieja cafetería, junto a la vacía taza de un café para olvidar.